

nes, la geografía. Ahora el Banco de Bilbao hace regionalismo por nosotros. El regionalismo del hambre y de la «renta per cápita»:

—Pues en Canarias si que tienen que estar peor que nosotros...

De modo que muy bien lo que dice Revel, pero, oiga, aparte de eso tenemos los que toman conciencia regional leyendo la clasificación de la renta que hace el Banco de Bilbao, que para estas cuestiones viene a ser como el «Marca» de las frustraciones frente al centralismo.

Lo que está claro es que lo que es cosa de hombres no es el centralismo, como nos decían los entrañables del bigotito afilado, sino el regionalismo. Claro que siempre ha habido ricos y pobres... ■ BURGOS.

LOS DEPURADOS, TODAVIA

Leer literatura proverista es uno de los más sanos ejercicios patrios que pensarse puede: ensancha los pulmones más que el culturismo; fortalece la mente más que el Fósforo Ferrero; conforta más el espíritu que una homilía del padre Venancio Marcos por la radio, de las de antes que José María García copara los micrófonos. Leyendo literatura proverista puede uno aprender hasta eúskera y enriquecer su cultura con el conocimiento del eje de expansión industrial Eciija-Osuna, que es un eje que nada tiene que



CONCENTRADO ESTOY

LA operación de ponerle puertas al campo se corresponde con la de concentrar las defensas. Antes que una deliberación política esto es una táctica zoológica. En los montes de mi pueblo los caballos salvajes hacen la rueda para rechazar a coces a los lobos o perros asilvestrados. Algún caballo cae, pero el «status» equino, la organización montañesa de los caballos se mantiene. No hay como fijarse en la zoología para comprender bien las sutilezas políticas. La rueda caballar y sus espantosas coces dan resultado siempre y cuando los lobos no tengan demasiadas ideas y sean pocos. Pero si son muchos y si encima llegan con ideas, mejor les hubiera valido a los caballos terminar sus días con un ojo vendado y en los ruedos. Todo es así en la vida. Los alegres agresores de ayer, son los valetudinarios cautelosos de hoy, y los alegres agresores de hoy, serán los valetudinarios cautelosos de mañana. Unos y otros deben aceptar el proceso, comprender que la historia es infatigable y sus cadencias estrictas y sin remedio. Es inútil razonar lo acabado, introducirse en metafísicas y bizantinismos. Es el resplandor orgánico lo que da fe de vida. El ímpetu de las evidencias hace que palidezcan todos los silogismos, desde «Bárbara» a «Bocardo», aunque esos silogismos vayan aderezados con nostalgia. Se trata no de tener o no tener razón, sino de estar vivo. A eso queda reducido todo. ¿Quién negaría que los muertos tienen razón, y que su educada rigidez, que excluye toda frivolidad, presupone ideas trascendentales, incluso fundamentales, y que la sabiduría les pertenece? Y, no obstante, ¿a quién convencer? De otra parte vale más morir de la propia muerte, como decía Rilke, que tratar de perdurar sobre la propia descomposición, viendo como se le adhieren a uno ajenas descomposiciones. Yo pido a los muertos que tengan voluntad y decidan morirse. La muerte no es perder la razón. sino darle a la razón que tenemos unos perfiles nítidos, fuera de los cuales es lo mismo tenerla o no tenerla. Hombres, cosas, situaciones, épocas, edades, todo eso alcanza la razón y luego la pierde para que otros hombres, otras cosas, otras situaciones, otras épocas y otras edades alcancen la suya. Incluso se puede perder la razón como subsecretario y ser un hombre digno. Lo importante es saber cuándo se pierde y no convertirse en virus maléfico, en causa de infección, en septicemia social o política, económica o de cualquier otro índole. Por eso cuando veo cómo se corresponden sinuosamente las operaciones de ponerle puertas al campo y concentrar las defensas, pienso con tristeza en los líos que se arman siempre cuando la muerte no se quiere morir. ■ LICANTROPO

envidiar al Roma-Berlín, pero en clase de pobres.

Leyendo literatura proverista me he encontrado con la siguiente referencia, en una extensa nota de la Junta Directiva Nacional del invento del señor Maysounawe: «Largo debate provocó una comunicación de la Delegación Regional de Aragón, dando a conocer que buen número de funcionarios públicos que fueron objeto de inhabilitación, destierro, confiscación de bienes y otras medidas de depuración al término de la guerra civil española, no siendo responsables de delitos de sangre, desean saber si podrían realizar su adscripción a la asociación proverista. Se acordó por unanimidad contestar positivamente a dicha petición en base a principios de pluralidad democrática interna».

Los de Aragón son tremendos. No están contentos con que los inhabilitaran, los desterraran, les confiscaran sus bienes, los depuraran. Encima quieren que los proveren. Y la Junta Directiva Nacional, naturalmente, va a proverizar lo que a los pobrecitos les dejaron. Quién sabe si andando el tiempo el eje Eciija-Osuna no estará lleno de depurados aragoneses y el caminito no criará hierba...

Pero, bueno, ¿qué estoy diciendo? ¿Depurados? ¿Es qué existen todavía depurados? ¿No nos han dicho que ya nos hemos reconciliado todos, y que ya va siendo hora de que los peques nos vayamos a la madurez, hálle? Claro que esto me pasa a mí por leer literatura proverista. Si no hubiera tirado por el mal camino y hubiera seguido con mis páginas escogidas de Sánchez-Albornoz, y con las memorias de Salvador de Madariaga, a esta hora no me plantearía estos problemas. Por-

que estaría convencido de que los depurados no existen. Que los que no fueron inhabilitados, desterrados, o confiscados se han ido muriendo de ... como debe ser. (¿Usted no ve cómo leyendo literatura proverista le entra a uno una reciedumbre, y un espíritu de servicio, y un laconismo y una cosa...?). ■ A. B.

PSICOLOGIA DEL ESTREPITO

Quien quiera de verdad cerciorarse de que éste es un país rumoroso, no tiene más que ir a uno de esos actos públicos en los que se exige silencio, y ponerse a escuchar: no a los protagonistas, sino al personal. De él surgen los más variados rumores, unas veces acallados, las más estentóreos. Alguien antes que yo definió una conferencia como un señor que quiere hacerse oír en medio de una avalancha de toses.

Esto de las toses es algo realmente curioso, y los psicólogos deberían estudiar el asunto. Basta que alguien deje escapar una en cualquier reunión silenciosa, para que inmediatamente a toda la concurrencia le entren unas terribles ganas de toser. Tal vez es que en los actos públicos a que me refiero la gente, como va primordialmente a aburrirse, se entretiene en estos pequeños pasatiempos. Cierto que a mí no se

me ocurre qué puede haber de divertido en toser como un loco, pero seguro que lo hay. A lo mejor es como morderse las uñas.

En el caso de los conciertos, el fenómeno quizá sea más comprensible: que la música es una buena forma de aliviar tensiones es algo sabido y cantando por el refranero, la filosofía y los psicoterapeutas polacos; pero, además, es muy probable que un estímulo sonoro tienda a provocar un conjunto de respuestas sonoras en

cadena. Así, por ejemplo, quien vaya a un concierto en la Catedral de Toledo observará cómo los pajaritos que anidan en sus alturas, soliviantados por la repentina avalancha sonora, prorrumpen en melodiosos gorjeos.

Bueno, pues en el caso de los hombres ocurre lo mismo. Lo que pasa es que la respuesta, aunque menos eufónica, resulta más diversificada porque, como todo lo humano, es reprimida. Todo el mundo sabe que lo bueno de la represión es que da variedad a la vida: si el sexo no estuviera reprimido ¡Qué aburrido sería, todo igual! (Y lo siento lector, pero no pongo más ejemplos). Así pues, el que vaya de nuevas a un concierto, que no se sorprenda si advierte que a su alrededor brotan las más insospechadas explosiones fisiológicas. Es normal y hasta digno de aplauso: pensar otra cosa sería contravenir la propia naturaleza, y no estamos para contravenir ni eso ni nada. Además, en el Arte más que en ninguna otra actividad humana, lo importante es participar.

Y... ¡Qué bonito es, lector, que la gente participe en un concierto! Te voy a contar un suceso verídico, acaecido al final de un ciclo de recitales a cargo de pianistas célebres. Fue el último un intérprete meticuloso y preciosista que, por mejor demostrar ambas cualidades, tocó suavemente la primera obra del programa: como es lógico, los ruidos procedentes de la sala no le dejaron oír ni a él. Pero llegó la segunda obra, que era la «Appassionata» de Beethoven: el hombre se la tomó por la tremenda, y se *apasionó* a base de bien, hasta el punto de que acalló al respetable a golpes de piano. Durante todo el concierto se mantuvo en ese plan, con lo cual consiguió algo increíble: que no se le oyera más que a él.

Uno, al final, se temía la venganza de quienes se habían visto reducidos al silencio; pero, por el contrario, cuando aquello acabó, estalló una ovación unánime. Lo primero que se me ocurrió para explicarla fue que en ella se concentraban todos los ruidos hasta entonces ahogados, pero por fin di con la verdadera razón: con su ensordecedor aplauso, el público reconocía deportivamente su derrota ante quien era capaz de sonar más fuerte que él. ■

JOSE RAMON RUBIO.

ESCUELA DE PESIMISMO

DESDE Larra hasta hoy, pasando por Ganivet y por aquel coro de maestros Jeremías que fue la generación del 98 y por el muro de las lamentaciones de la última postguerra hasta llegar a la ilustre hornada del silencio respetuoso de nuestros días, los escritores españoles sólo han escrito un artículo único: un artículo que trata del artículo que les gustaría escribir pero que no se puede escribir. Larra anduvo con un bisturí en la mano dispuesto a abrir en canal a aquella sociedad enchisterada, pero en vez de llegar al hígado de la cuestión sólo le fue permitido pasar el plumero y hacer cosquillas con el rabo de la peñola en el sobaco de los políticos. Larra se suicidó. También Ganivet pretendía arreglar el problema del país con la pluma cuando los caciques iban armados con escopeta. Ganivet se suicidó. La generación del 98 para poder comer caliente tuvo que eludir el tema principal de nuestro fracaso como nación y se limitó a echar la culpa de todos los males a la raza en general por aquello de que está atizada por el anticiclón que la hace morena y gitana mientras los responsables concretos cenaban tranquilamente en Fornos, asistían a la búsqueda y captura de la pulga de la Chelito y tenían una querida entretenida en la calle Jardines. La generación del 98 no se suicidó de un golpe; lo hizo lentamente forzada a comer garbanzos de por vida.

Los literatos de la postguerra, los que se quedaron aquí, dentro del cercado, se hicieron grandes especialistas en endecasílabos, maestros cantores de luceros, hábiles instrumentistas de óboe, felices virtuosos en el juego de la media comba del incensario, todo bajo el imperio de los hermanos Quintero y de Gabriel y Galán según fuera en prosa o en verso. Así es como nuestra literatura de mucho tentar el vado, de tanto suspirar por la pascua florida de la libertad de expresión, en dos siglos ha cogido un sedimento lacrimoso, masoquista, moralista y sermonero que no hay quien la aguante.

Y en la actualidad, ya se sabe, el escritor se limita a tocar el arpa en el descampado. Si pretende desenmascarar a la oligarquía acaba escribiendo de don Santiago Bernabéu, si quiere abordar un tema hondamente social acaba glosando las castañeras en las esquinas de noviembre o las cerilleras de los lavabos de cabaret, si desea analizar una situación política termina hablando de los canapés y montados de lomo del hotel Mindanao. Tiene que ser terrible el día de la pascua florida de la libertad de expresión cuando después de dos siglos de llorar el escritor no sepa escribir ese artículo por el que tanto ha suspirado. Ese día sería el indicado para dedicarse definitivamente a la tarea de captar ranas. ■

VICENT

